

INFLUENCIA DEL ARTE EN LA EDUCACION DE LOS NIÑOS

POR

J. GIL MORENO DE MORA.

Hace poco yo leía una novelucha policíaca, al final de la cual los protagonistas, El y Ella, tras abundantes corridas y puñetazos, entraban en una catedral silenciosa, y el autor comentaba "que su belleza les dio serenidad, paz y que elevó su alma".

La belleza es algo que siempre nos llega a través de los sentidos y que a veces también los contenta, pero su verdadero efecto se produce en el alma. Y ese efecto es una exaltación, levantar, ir hacia lo alto.

Pues bien, el Arte con mayúscula es aquello que tiene que ver con la belleza y sus efectos. Es también la belleza que puede salir de las manos del hombre, el cual la expresa, tomando de la belleza natural en la Creación de Dios, poniendo algo de la belleza de su propia alma, lo cual es su aportación personal a la obra, y empleando medios materiales para transmitirla a los demás. El objeto resultante es la obra de arte.

Mencionado antes el Arte con mayúscula, que es una acepción moderna, hay que hablar también del arte con minúscula, que es la acepción antigua de la palabra, ese arte que puede aplicarse a todo, a los negocios, a la técnica, al trabajo, y que en su primitivo sentido sólo significa el "saber hacer algo", artesanía, artillero, o el objeto especial que sirve para hacer algo: arte de pesca, artillugio; arte con minúscula es idea que gira en torno de "saber y poder hacer algo".

Se comprende entonces que el moderno Arte con mayúscula conserva mucho de su primitivo sentido, también en este caso es

“saber hacer algo”, concretamente algo bello, por lo cual también se le llama “Bellas Artes”.

Santo Tomás dice que Bondad y Verdad “convertuntur”, se convierten, que vienen a ser la misma cosa; creo que San Agustín dice aproximadamente lo mismo incluyendo la Belleza. Esencial a la idea de Dios de todo creyente es concebir la Divinidad como cumbre simultánea de Verdad, Bondad y Belleza, sumas que en sí son tres efectos de una misma esencia. En todas las cosas es fácilmente perceptible que la auténtica Bondad y la Verdad son bellas, y que no hay auténtica Belleza si no deriva de Bondad y de Verdad. Ciertamente, un cuadro bellísimo puede tener un tema horrible, pero en ese caso no es en el tema donde radica la belleza del cuadro, sino en otros valores. Por otra parte, hay que hacer la clásica reflexión de la moneda falsa, si bien resulta subjetivamente mala cuando un hombre, dorando el cobre, quiere hacerla pasar por lo que no es, tiene una bondad intrínseca y objetiva en lo que realmente es. No es mala la moneda falsa, sino la intención del falsificador, ni es falsa la moneda en sí, sino en la valoración que le dio el que fue engañado.

Las Bellas Artes, por este razonamiento, a través de la Belleza, son, deben ser esencialmente, mensajeros de la Bondad y de la Verdad, y, como dicen los antiguos maestros chinos, por ello serán en cierto modo religiosas, ya que estas son cualidades divinas.

Mensajeros de Bondad y Verdad. La palabra mensaje trae consigo la del lenguaje, que es siempre instrumento necesario de comunicación. Con ello tenemos que las Bellas Artes son también lenguajes. Esto es ciertísimo. Tan cierto que el filarmónico, conociendo mejor el lenguaje de la música, percibe mejor la belleza en ella (y, por ende, la bondad y la verdad) que en la pintura, la arquitectura o la escultura. Tan cierto, que entre dos aficionados a la pintura tiene mayor comprensión de la obra el que más conocimientos posee. Tan cierto, que muchas civilizaciones lejanas a la nuestra en el tiempo y en el espacio, sólo nos han transmitido sus ideas y su manera de ser a través de sus obras de arte. Realmente las Bellas Artes son lenguajes.

Y, entonces, si son lenguajes que llegan al alma pero a través de los sentidos, y, por tanto, son medios de comunicación, ¿cómo no van a tener en el niño, cuya alma está más próxima a los sentidos que en el adulto, un valor de información tremendo? Efectivamente, todos los psicólogos lo saben, el Arte es para los niños poderosamente didáctico. Realmente, la transmisión de una bondad o una verdad por la belleza se hace en el niño fulminantemente inmediata, dejando unas improntas directas en su subconsciente que forman con huellas indelebles su personalidad aunque la mayoría de las veces el niño no se dé cuenta de ello. Y aquí está el centro mismo de nuestro tema.

Las Bellas Artes en el adulto llaman a la razón y despiertan el pensamiento tal y como lo hace cualquier lenguaje, con sus características propias; del mismo modo que se piensa en inglés o en francés cuando se conocen bien estas lenguas, también se piensa en melodías o en figuras cuando se conoce bien el lenguaje de la Música o de la Pintura.

Pero el niño que desde la cuna está en contacto con varias lenguas no las razona, las aprende por contacto, sin darse cuenta, sin pensarlo, y si las aprende bien como yo aprendí simultáneamente el francés y el español las sabe para toda la vida, aunque ignore su gramática. Análogamente, el pequeñuelo que crece desde su nacimiento en contacto con la belleza de las obras de Arte, sin razonar ni pensar recibe sus mensajes y se los hace propios, aun ignorando las técnicas y sus reglas. Y si los mensajes recibidos han sido auténticos, si la Bondad y la Verdad estaban en la Belleza, crece en el niño una inclinación profunda hacia ellas y le forman un bagaje que luego, al llegar a adulto, influirá benéfica-mente en su vida, dándole una facilidad especial de comprensión hacia lo bueno y lo verdadero por lo verdaderamente bello. Comprenderá sin grandes obstáculos. Bien lo sabían las civilizaciones que han sido grandes y que han prodigado para su pueblo el Arte en los monumentos y viviendas, como lo atestigua la Arqueología, con intenciones claramente didácticas, como la han tenido las grandes catedrales góticas, como la tiene esa otra obra de arte

que es la verdadera liturgia, cuyo fin esencial no es sino la afirmación, proclamación y enseñanza del Dogma.

Aquí hay algo que estremece y que horroriza: y es que si este efecto tiene lugar con Arte auténtico, lo contrario y con terribles efectos se produce con un Arte falso.

Bondad, Verdad y Belleza *son* algo, como *es* algo todo aquello que se relaciona con las virtudes divinas. Pero su contrario es *nada*, *No es*, es carencia, como el mal es ontológicamente carencia de bien, como la mentira es carencia de una verdad, como la fealdad no es sino ausencia y carencia de una belleza necesaria. Si Verdad, Bondad y Belleza *aportan* y añaden o aumentan, porque ellas *son* algo, sus contrarias, la mentira, la maldad y la fealdad *retiran*, restan o disminuyen porque *son* nada. Si las primeras llenan al hombre, las segundas lo vacían.

Lo terrible radica en que, como falsas monedas, los hombres podemos hacer falsas bondades, falsas verdades, falsas bellezas, falso arte con objetos y cosas a los que podemos dar un valor o un significado otro del que tienen. Cuadros, sonidos, escenas, gestos, anécdotas que en sí mismos no tienen sino valores menores como la moneda de cobre, pueden ser ofrecidos planteándolos como valores mayores, engañando, estafando la buena fe de quien los recibe. Este será el caso del artista bien dotado que empleare su "saber hacer" para hacer pasar por bella una mentira o una maldad; ese tal que vistiendo con buena técnica su obra perversa la ofrece con engaño, no es sino un falsificador, un estafador con abuso de la buena fe y de la confianza que los demás otorgan a su prestigio.

También será falsificador aquel que, aprovechando la ignorancia de un hombre o de un pueblo primitivo, le cambie objetos valiosos por las ya clásicas cuentas de vidrio ofrecidas como gemas raras, lo será porque califica de valor a lo que no lo tiene apenas y aprovecha la buena fe de la ignorancia. Y son simples falsificadores los vocingleros a sueldo que se encargan de crear el estado de opinión favorable al engaño.

Pues bien, el niño es un ser primitivo cuya ignorancia facilita el fraude, es también un ser necesariamente de buena fe porque

necesita dar crédito a sus mayores para aprender y está lejos de razonar mucho antes de aceptar. Por ello las Bellas Artes fraudulentas, las que no tienen propósito de Bondad y Verdad, ni siquiera de auténtica Belleza, cometen uno de los mayores crímenes de abuso de confianza que cometer pueden cuando se dirigen a nuestros pequeños. Y por estas cosas dijo el Señor lo de las piedras del molino.

Porque un arte de saber hacer que en lugar de añadir reste, que retire, que vacíe de Bondad, Verdad y Belleza el alma de los niños, es una obra que los incapacitará en mayor o menor grado, pero infaliblemente a la ulterior comprensión y percepción de la verdadera Belleza, de la verdadera Bondad, de la auténtica Verdad. No nos extrañemos tanto de ver hijos de padres más o menos piadosos perder toda fe, toda esperanza y todo amor en edades de primera enseñanza y revolverse luego con una rabia destructora sin lógica aparente.

Esta es la responsabilidad que está pesando sobre el mundo actual en el cual son impuestos edificios horrendos y cuarteros, vestidos de aparente buena técnica, a la necesidad de viviendas; en el que películas de perversa intención son realizadas por excelentes directores y actores que las avalan; en el que pinturas de colorido atractivo pero, sobre todo, apoyadas en tremendas promociones publicitarias, familiarizan horribles formas de desorden y de caos; en que obras teatrales y novelas de buena pluma se complacen en derramar crasos errores, sucias inmoralidades y falsas doctrinas; en que conocidos talleres dictan e imponen modas feas, degradantes y que rebajan la personalidad; en el que decoradores de fama montan para los hogares y lugares públicos ambientes de pesadilla.

Esto está sucediendo en todas partes; sucede en el urbanismo, en el que autoridades públicas juegan al dinero; sucede con los muebles y tapicerías, con los papeles de embalaje, con los estampados de los vestidos; esto penetra en los edificios públicos, en las iglesias, en la misma liturgia, donde con pretextos varios, casi siempre de orden económico, se degradan las imágenes, la música, la arquitectura hacia lo feo o por lo general hacia lo menos bello,

porque si bien, a veces, es imposible lograr la aceptación de una degradación brusca y total, resulta fácil la de una substitución paulatina de mayores bellezas por menores bellezas. Con esto todo el ambiente y el habitáculo humano descienden de nivel estético, lo cual se hace tragar en nombre de un mayor nivel de bienestar, y la moneda falsa de ciertos artes fraudulentos va despararramando y generalizando un sentimiento de inquietud, de inseguridad, de falta de serenidad, de desconfianza hacia el vecino, de lucha y desasosiego. Con esto, los ánimos, atacados en el subconsciente, se exasperan y enconan llenándose de terrores y angustias sin conocer realmente la causa. En este proceso, en el que naufragan toda Fe, Esperanza y Caridad, las llamadas Bellas Artes han jugado un importante papel formativo y ambiental propagando en climas de colectivismo anónimo una exaltación del "cada cual para sí", ley de la selva con paroxismos de violencia en los que no cabe el amor.

Cuando el arte de saber hacer es utilizado para propagar en los niños pornografías, mentiras, crueldades, horror, maldad, cuando, en resumen, el arte de saber hacer se vuelve contra Dios, entonces es que asistimos al mayor y más responsable robo de todos los siglos; porque eso es quitar, restar, destruir; eso es aportar carencia y vacío; eso, en las Bellas Artes, es luchar contra la esencia que es origen de su propia esencia; eso es la proclamación del suicidio universal.

Todo esto que afecta profundamente a los adultos desasosegados ante un arte de checa y una música de sala de torturas, ¿qué huella no dejará en la sensibilidad primaria de un niño con el alma a flor de piel?

Se está haciendo un mundo feo, ciudades feas, hogares feos, iglesias feas, se abate lo bonito anterior porque es anterior, como Sevilla lo muestra en el corazón de su casco viejo, y se substituye por bloques detonantes en total ruptura. El humo y el ruido acaban de viciar el habitáculo humano.

Los periódicos y la Televisión se hartan de manosear el tema de la inadaptación de los hombres ante el crecimiento rápido de la técnica. Padres inadaptados, jóvenes inadaptados, campesinos

inadaptados, estructuras inadaptadas, costumbres inadaptadas, generaciones inadaptadas, toda una vasta parte del hombre y de su habitáculo resulta inadaptada al mundo de hoy. ¿No será lo contrario? ¿No será acaso que construimos un mundo inadaptado al hombre de siempre? ¿No será, entre otras causas, que la ausencia de belleza es algo inadaptado a la esencia humana?

Cabe que reflexionemos.

Es indudable que las muchas generaciones de la familia Bach que fueron de excelentes músicos no son un fenómeno debido tan sólo a los cromosomas ni a la ciencia genética, sino que se deben, en su mayor parte, a un ambiente no sólo de la casa familiar, sino también de la ciudad y la nación en la que se desarrollaron. No cabe tampoco duda alguna de que lo que nuestros hijos ven y oyen en nuestros hogares y en la ciudad en la que viven forma sus gustos y sus inclinaciones.

Se dice a menudo que en cuestión de gustos no hay nada escrito, pero esta afirmación es pasablemente falsa. Ciertamente cada persona tiene una inclinación o una facilidad natural hacia uno u otro aspecto del arte, lo cual es muy lícito, como también son lícitas, dentro de lo que es auténticamente bello, matices, simpatías y preferencias personales. Pero no es lícito amar lo feo porque es feo, ni lo malo y lo falso porque lo son. Y pese a toda carga de relativismo imperante en el mundo actual, ninguna conciencia honesta puede dejar de reconocer que hay unos valores intrínsecos y absolutos de Belleza, Verdad y Bondad frente a los cuales no es lícito decir que no hay nada escrito, porque está escrito en el mismo ser de las cosas auténticas. No es lícito subvertir los valores. No es lícito dar valor de oro a lo que sólo vale cobre.

Con esto quiero llamar a las conciencias de todos aquellos que comparten mi profesión principal, la de padres de familia. Quiero llamar su atención sobre sus propios hogares, sobre el ambiente de su casa, sobre la calle y la población en la que viven, sobre su Iglesia y sobre las aulas de sus chicos. Es obligación nuestra de padres el lograr que los ambientes, en lo posible, no sólo sean altares al bienestar y a la comodidad, sino que sean auténticamente bellos; necesitamos Iglesias, colegios, calles, monumentos, edifi-

ficios públicos y paisajes (que hasta los más bellos paisajes pueden quedar destruidos con obras mal enfocadas), necesitamos todo un habitáculo que sea bello, lo más bello posible, un habitáculo que eleve el alma y sus sentimientos. Más, como mi buen amigo Rafael Gamba bien describe en su libro *El silencio de Dios*, si la mansión es el habitáculo en el espacio, la domesticación de las cosas por el amor del hombre en el espacio, como el hombre también vive en el tiempo está también el rito, que es la domesticación de las cosas en el tiempo, por así decir, es la plasmación histórica del habitáculo. Es, pues, también necesario que hagamos belleza de nuestros ritos, con nuestros gestos, con nuestras costumbres, con el ritmo que imprimimos a las cosas materiales dentro de su participación a nuestra vida. Es obligación nuestra que haya belleza en nuestras pequeñas y grandes ceremonias públicas y familiares, en nuestra manera de comer, de sentarnos, de saludarnos, de amarnos. En todas estas y muchas más repeticiones rítmicas de nuestra vida marcada por el ritmo de estaciones, lunas y días, dentro del gran ritmo de los años, en estas necesarias repeticiones están los ritos que al proclamar y dar el testimonio de algo son también verdaderas liturgías. Sean nuestros ritos proclamadores de Verdades y de Bondades, sean, por tanto, ritos auténticamente bellos que harán de nuestras casas, de nuestras calles y de nuestras ciudades, templos de verdadera liturgia cotidiana.

Colegas padres de familia, este deber incide en lo cívico, tenemos deber de pedir y exigir a nuestros maestros, a nuestro clero, a nuestras autoridades que pongan belleza en las cosas y en los ritos que han de rodear a nuestros hijos. Y que no nos vengán con argumentos manidos de rentabilidad y economía, porque en tiempos más difíciles se hicieron las catedrales; eso sí, no permitamos tampoco que intereses extraños políticos o demagógicos substituyan el lujo absurdo de materiales a la auténtica belleza, recordemos cómo nuestros antepasados lograron bellísimos edificios sin mármoles ni bronces.

Vigilemos las modas, escojamos lo bello más que lo meramente atractivo, porque esa atracción puede, a menudo, ser de muy

bajo origen; en el vestido cabe verdadero arte que eleve y dignifique a la persona. Seleccionemos los libros para que no sean preciosos estercoleros; cuidemos de nuestro lenguaje purificando nuestro vocabulario y evitando las torpezas. Es curioso señalar que nunca como ahora se había generalizado tanto la palabra soez en nuestra patria, siendo incluso peculiar que la mujer es quien más la prodiga en los ambientes jóvenes. Y a las mujeres especialmente recomiendo que vigilen sus actitudes, vigilémoslas todos, porque no hay que olvidar que la actitud es la posición necesaria para iniciar un acto, que jamás nuestros gestos y actitudes sugieran actos feos. Desgraciadamente, los fotógrafos de las revistas de modas no piensan así. Cultivemos la belleza de los ritos, de las fiestas, de los bailes, no les dejemos resbalar hacia climas de exclusiva animalidad desatada.

Y démonos cuenta de que todo esto y mucho más que todos podemos suponer es la influencia del Arte en la educación del niño, lo es muchísimo más que los museos, que son necesarios pero en los que a menudo el arte se mata poniéndolo en conserva, ¿qué sucedería con nuestros alimentos si los encerrásemos en la nevera sin sacarlos jamás? El Arte es funcional por el hecho de ser bello. Si poseemos un buen cuadro no lo metamos en un Banco, pongámoslo en nuestra sala de estar para que haga su labor didáctica en nuestros hijos. No hagamos nuestras salidas dominieras solamente en función de lo divertido, vayamos también a ver cosas hermosas porque lo son.

Y ahora una opinión personal: no hablemos tanto de dinero en arte, porque eso le quita todo su sentido. Lo que valen en pesetas, lo que se cotizan las obras de arte es precisamente lo que acaba encerrándolas en cajas fuertes. Además esta valoración económica rara vez refleja el auténtico valor artístico en una época en que los intereses de los marchantes la hacen variar a su antojo. Por ese valor en dinero están desapareciendo las obras de arte de nuestros templos y de nuestras casas y ese valor en dinero con el juego de la publicidad moderna hace pasar, a menudo, por bueno lo que nada vale. No hablemos a los chicos de lo que vale un cuadro en pesetas, sino en cualidades.

Citaré una experiencia reciente para ejemplo de que eso es más fácil de lo que parece. Se trata del éxito asombroso que Waldo de los Ríos está cosechando entre los jóvenes con arreglos de Beethoven, Schubert, Mozart, Brahms, Dvorak, Haydn, Tchaikovsky y Mendelson, nada menos. Y oigo a muchos melenuditos y minifalderitas de corta edad tarareando la Novena o la Nuevo Mundo. Es una experiencia asombrosa del instinto natural del joven hacia lo bello. Me decía un vendedor de discos que muchos de sus clientes para Bach y Vivaldi son chicos jovencísimos. En esto se revela una necesidad vital de lo bello después de tanto grito estridente y tanta inarmonía frenética como nos ha promocionado a todas horas la Radio y la Televisión.

Para terminar, por cierto, citaré en algún modo la Televisión que ha puesto en serial *Los Miserables*, de Víctor Hugo. Pues bien, en el primer capítulo un sacerdote se oponía a transformar su jardincillo en huerto y prefería recoger flores que coles y daba por razón que lo bello es mucho más útil que lo agradable.

Sinceramente, con sentido realista de la proporción, yo creo que es muy cierto.